

# Antifranquisme i transició a la democràcia

⇨ J.L. MARTÍN RAMOS

PROFESSOR D'HISTÒRIA DE LA UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Atendiendo a la petición que me ha hecho el Centre d'Estudis de l'Hospitalet, el presente escrito intenta ser una reflexión sobre la evolución y el papel jugado por la oposición antifranquista al hilo de un recuento por décadas; no es siquiera un resumen histórico, aunque la estructura de la exposición que se ha seguido es efectivamente histórica y sus formas corresponden al lenguaje específico que utiliza la profesión en la que milito. Espero que valga como aproximación y que haya en él algunas ideas útiles que contribuyan a esa historia de la etapa franquista que entre muchos se está haciendo, y sobre todo a la justa valoración de los movimientos de oposición a la dictadura que ya muchos menos practican.

1.

La década de los cuarenta contempló una cierta desilusión en diversos sectores y cabecillas de la dictadura y sobre todo una inmensa frustración de la primera oposición antifranquista; algo más que una frustración, de hecho una segunda derrota. Desilusión en el seno de la dictadura por cuanto la evolución de la guerra mundial no siguió el curso deseado en la primera hipótesis de un triunfo del nuevo orden fascista. Aunque acaso ésa no fuera exacta y explícitamente la opción de todos los que apoyaban la dictadura —sobre todo

parece que no lo fue a partir de una fecha determinada, es decir, cuando las cosas empezaron a torcerse para el Eje—, no cabe ninguna duda de que fue la de buena parte de sus bases, de sus medios de comunicación —échese una ojeada a la prensa de 1940—, de algunos de sus intelectuales de última afiliación —por ejemplo, Fernando (antes Ferran) Valls y Taberner— y de algunos de sus más significados dirigentes políticos de la primera hora, Serrano Súñer, por ejemplo, y a pesar de la mala memoria (?) que ha aparentado tener en su ancianidad.

La dictadura de Franco, que había tenido el proyecto inicial de subsistir como subfascismo periférico, se vio obligada a adaptarse a las nuevas circunstancias. El juego de la guerra mundial le permitió un margen de maniobra que aprovechó tendiendo puentes hacia la derecha británica y estadounidense. Incluso llegó a manejar la hipótesis de un drástico cambio de alianzas —que implicaba un todavía más radical cambio en la dimensión ideológica y política de la contienda— en el sentido de una reconversión de la guerra mundial mediante el armisticio entre la Alemania al borde de la derrota y sus enemigos occidentales y la organización de una cruzada de todo el occidente, de nuevo en paz, contra el enemigo comunista

común. Esa inversión de alianzas habría roto la dialéctica democracia contra el fascismo con la que se armaban ideológicamente los aliados y habría puesto de nuevo al régimen franquista en la órbita del bando vencedor, ahora el que encabezaban Gran Bretaña y Estados Unidos. Esta segunda hipótesis tampoco se cumplió, pero facilitó la acomodación de la dictadura, que enfatizó su anticomunismo, poniéndolo como señal de identidad preferente. El régimen franquista abandonó sus sueños imperiales y los sustituyó por una supervivencia mediocre que recayó sobre todos en forma de una indefinida prolongación de la postguerra. La dictadura dejó atrás los proyectos de crear un orden nuevo y se aplicó a consolidar el viejo orden mediante la afirmación del poder personal del Caudillo, apoyado en dos estratégicas muletas, las fuerzas armadas y la Iglesia, y el mantenimiento de un discurso corporativista y organicista, vacío de contenidos reales, pero lleno de demagogias y sobre todo de negaciones, la primera y fundamental la de las libertades individuales y políticas.

Para la oposición antifranquista la marcha de los acontecimientos fue infinitamente más dura. Entre el final de la guerra civil y los primeros años cuarenta conocerá su más negra noche. En el interior su vivencia fundamental es la represión desencadenada como terror de estado. En el exilio lo es la división interna, la metástasis continúa en facciones que se enfrentan entre sí, más sobre el reproche de lo pasado que sobre propuestas de futuro; la división

había empezado ya durante la guerra civil, había producido acontecimientos tan lamentables como los de mayo de 1937, y culminaba en la grave descomposición interna de los restos del bando republicano de los primeros meses de 1939. Represión y exilio dividido son dos realidades que determinan el débil punto de partida de la resistencia al franquismo. Y sobre ellos caen de inmediato dos nuevas plagas. En el interior la de las duras condiciones materiales de la postguerra, el hambre que produce la escasez, y el frío que se crece con la pobreza. Miedo, farinetas y sabañones no son los ingredientes más adecuados para la movilización contra la dictadura, que queda bloqueada a pesar del descontento. En el exilio el avance de las tropas alemanas y la instauración del régimen de Vichy obliga a una nueva huida, para algunos física, para muchos una huida interior sin moverse del precario refugio francés. La mayoría de lo que queda de los aparatos políticos se traslada a América; allí el presente estaba más lejano y, desgraciadamente, lo más vivo eran los malos recuerdos. La división del exilio se enquistó como un cáncer. No sólo afectaba la imposibilidad de articular una mínima política unitaria, no sólo mantuvo vivas las viejas confrontaciones —entre el PSUC, el POUM, la CNT...—, también descompuso el interior mismo de las organizaciones del exilio. En el PSUC se desencadena una purga general, bajo el «lema» de la bolchevización, que dejará fuera gran parte de los cuadros del partido y concentra todo el poder en un reducido aparato ejecutivo encabezado por

Comorera. En el POUM, doblemente perseguido, renace la pugna entre los antiguos militantes del Bloc y los nuevos cuadros procedentes de la izquierda comunista. Esquerra Republicana es un guirigay —quizá siempre lo fue, pero lo disimulaba mejor— y en el exilio existe a través de los diversos aspirantes a *cap de colla*, Pi i Sunyer, Tarradellas... Algunas heroicidades personales en el interior y algunas reflexiones que quieren ser lúcidas en el exilio no cambian el cuadro general de desmovilización-resignación y desconcierto.

Las primeras esperanzas de la oposición antifranquista no nacieron de una recuperación de fuerzas propias, sino de la evolución de la guerra en 1943-1944. Los comunistas, el PC-PSUC, son los primeros en reaccionar ante el cambio de panorama. Su progresiva reorganización en Francia y el interior, bajo la dirección de Jesús Monzón, su destacada participación en la resistencia antinazi, que tomará ahora dimensiones importantes; su vinculación con otros grupos comunistas, los italianos en particular (Longo, Secchia), con los que comparten un proyecto de resistencia insurreccional que se extiende hacia el Mediterráneo Oriental, hacia Yugoslavia y Grecia... Todo ello nos conducirá hacia una atrevida —probablemente aventurada— propuesta de acción militar y levantamiento popular que se ve acelerada por el desembarco aliado en el Sur de Francia y la ocupación por la resistencia de los departamentos franceses de los Pirineos centrales y orientales. Sin embargo, el flanco político de la propuesta es extremadamente débil: La unión nacional española y

la alianza catalana —primero Alianza Nacional Catalana, luego Alianza Catalana, a instancias del interior (Monzón-Canals) y finalmente de nuevo Alianza Nacional Catalana— no representó a nadie más que al propio PC y al PSUC. El proyecto insurreccional de Monzón-Canals va en dirección contraria a las decisiones adoptadas por la dirección máxima del movimiento comunista, Stalin, sobre la evolución del Mediterráneo al término de la guerra mundial (adoptadas y pactadas con los aliados); no tiene un apoyo político sólido entre la oposición antifranquista, sobrevaloró los ánimos de movilización social en el interior y las disensiones internas en el seno del régimen o de elementos que, procedentes de la derecha, se posicionan personalmente en contra de Franco; y se asfixia finalmente en la primera acción militar de envergadura, la penetración en el Valle de Arán, dando pie a que Santiago Carrillo, cumpliendo instrucciones, inicie, con un retraso de consecuencias dramáticas, el «giro de Salerno» del comunismo español.

## 2.

El proyecto insurreccional contra la dictadura fue la primera propuesta importante de la oposición antifranquista que va más allá de los mítines de teatro, en el exilio, o de la política por correspondencia, como practica Pi i Sunyer; su fracaso dejó al PCE-PSUC fuera de combate por algún tiempo, concentrados en la tarea de reorganizar sus fuerzas en el exilio y recuperar el control del interior por parte de las direcciones que pasan a instalarse en Fran-

cia. Pero la premisa mayor, la de la derrota del Eje y las negativas consecuencias políticas que ello había de tener para la dictadura de Franco, se mantenía en principio. Que pudiera tener un efectivo desarrollo dependía, no obstante, de la actitud que tomaran los aliados ante un ex «no-beligerante» y de la capacidad de la oposición para propiciar esa actitud, lo cual pasaba no sólo por la consecución de un necesario grado de unidad, sino también por la adopción de una cara visible, además de única aceptable por los aliados; y más en concreto por los aliados occidentales, a los que correspondía de acuerdo con el reparto establecido entre las potencias vencedoras el control de esa parte del mundo.

El desenlace final del intento de acoso político al régimen franquista, basado en la hipótesis de una presión internacional que éste no pudiera soportar, así como la propia propaganda del régimen, que tuvo treinta años para presentar una imagen ridiculizada de dicho proceso y sobre todo de sus protagonistas, han perjudicado su valoración. No pretendo caer en el extremo contrario, porque es obvio el fracaso también de este segundo proyecto contra la dictadura. Sin embargo, para valorarlo justamente y no descalificarlo como la mera especulación de los grupos de exiliados, hay que situarse en el momento preciso de la derrota final de Hitler y de la expectativa de un nuevo orden internacional que habría de estar presidido y regulado por las Naciones Unidas. La Declaración de Postdam, el 2 de agosto, firmada por Gran Breta-

ña, Estados Unidos y la Unión Soviética, incluyó una condena explícita de la dictadura, a la que vinculaban claramente con el fascismo derrotado: «Los tres gobiernos creen, no obstante, deber subrayar que, por lo que les concierne, no darán apoyo a una petición de admisión que fuera presentada por el gobierno español actual, el cual, habiendo sido fundado con el apoyo de las Potencias del Eje, no posee, en razón de sus orígenes, de su naturaleza, de sus antecedentes y de su estrecha asociación con los estados agresores, los títulos necesarios para justificar su admisión». Sobre la base de lo que parecía ser una posición de amenazadora firmeza por parte de las Naciones Unidas, las instituciones republicanas se reconstituyeron en el exilio, despejando algunos de los problemas que las habían bloqueado hasta entonces. Negrín cedió en su exigencia de seguir siendo reconocido como presidente del gobierno en el exilio, y el 27 de agosto se constituyó el gobierno Giral, el gobierno más unitario desde los primeros tiempos de la guerra civil, después de la incorporación del PCE, en febrero de 1946. Por su parte, Josep Irla consiguió también formar, el 14 de septiembre, el primer gobierno de la Generalitat en el exilio desde la detención de Companys; en él estaban incluidos, además de ERC y Acció Catalana Republicana, el PSUC, y en el verano siguiente se ampliaría al MSC, Estat Català y la Unió de Rabassaires. Esa, todavía limitada, recuperación de la unidad pareció una condición necesaria para que el proceso de la presión internacional al régimen franquista pudiera seguir adelante.

Las expectativas de la oposición antifranquista se vieron defraudadas. Derrotado el Eje, las tensiones entre la URSS y los aliados occidentales pasaron a un primer plano con el estallido de diversos frentes de conflicto en Polonia, en Yugoslavia, en Grecia. A comienzos de 1946, Churchill presentó públicamente una imagen de la nueva situación internacional que habría de convertirse en el típico fundamental de las cuatro décadas siguientes: «un telón de acero ha caído sobre el continente». En esas circunstancias sólo una fuerte presión de la oposición antifranquista hubiera configurado como realmente verosímil la hipótesis de una intervención internacional efectiva contra el régimen de Franco. La oposición antifranquista se hallaba inmersa, en consecuencia, en un círculo vicioso. Sus debilidades eran muchas: los organismos republicanos del exilio, a pesar de los pasos dados en 1945, no conseguían superar sus divisiones internas divisiones en el seno de los socialistas, los republicanos, la CNT, confrontación con los comunistas...—; mantenían una relación cuando menos de desconfianza con el interior, donde se habían constituido plataformas unitarias propias: la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, en Madrid, el Consell Nacional de la Democràcia Catalana, en Barcelona. Y, sobre todo, no habían conseguido adoptar un proyecto de transición claro que alejara los riesgos de una nueva Grecia y desestabilizara aún más la correlación de fuerzas pactada por las potencias aliadas para el Mediterráneo. En particular, los organismos republicanos del exilio tenían

un perfil más bien restauracionista —por no hablar de los grupos que propugnaban una III República o la ruptura del estado y la constitución de una insólita confederación «Galeuzca»—; y si las plataformas del interior eran políticamente más abiertas —sobre todo tenían la virtud de acoger los nuevos grupos que habían surgido e incluso algunas disidencias desgajadas del régimen y de sectores conservadores— tenían un extraordinario punto débil: la escasa movilización social del interior. Es cierto que a comienzos de 1946 hay movimientos de protesta, como los que tienen lugar en la provincia de Barcelona en los meses de enero y febrero; sin embargo, su carácter es principalmente económico —y en algunos, o bastantes, casos, parecen haberse resuelto mediante concesiones directas del empresariado, lo que motivó públicas manifestaciones de contrariedad por parte del gobernador civil de Barcelona, Barba. En cualquier caso, esas movilizaciones locales, como otras que se producirán en años sucesivos, no alcanzaron suficiente generalización ni continuidad, y tampoco se entroncaron con las plataformas políticas del interior para proporcionarles un respaldo social explícito.

¿Sin un proyecto de transición claro, con un apoyo social incierto a las plataformas antifranquistas, la posición final que las tres potencias occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) adoptan en la Notra Tripartita de marzo de 1946 es, como frecuentemente se presenta, un acto de infidencia de las democracias occidentales con

respecto a la oposición antifranquista? Desgraciadamente, es mucho más que eso, en cualquier caso lo de la infidencia es discutible, se entiende que para ellas, y no únicamente para ellas, toda solución a la dictadura tuviera un discurrir pacífico, evitara la apertura de un nuevo frente de conflicto violento de difícil control. Es el reconocimiento explícito de las limitaciones, debilidades y incongruencias de la oposición, a la que se emplaza a conseguir «la marcha pacífica de Franco», mediante una solución sin signo institucional previamente marcado: gobierno provisional que restablezca las libertades, decrete la amnistía política, haga posible el retorno de los exiliados y finalmente organice un referéndum mediante el cual se decida el tipo de régimen (monarquía o república). Un emplazamiento al que no se respondió. Las plataformas de la oposición en el exilio se manifiestan inadecuadas para encabezar el proceso planteado en la Nota Tripartita; en noviembre de 1945, Giral ya había rechazado una propuesta de mediación hispanoamericana que vinculaba el abandono del poder por Franco a un proceso transitorio con referéndum incluido, y en julio de 1946 reaccionará agriamente al manifiesto de la ANFD en el que se instaba a la unidad de todos los opositores a la dictadura, incluidos los monárquicos. El intento más serio para abandonar la dinámica restauracionista e iniciar un proyecto de transición pactada con los sectores no republicanos es el de Prieto, en 1947 y 1948; incluye la congelación de las instituciones republicanas del exilio —a partir de entonces su

supervivencia será fósil—, tiene a su favor el apoyo del gobierno británico laborista. Pero no consiguió decantar la baza principal: la de los monárquicos, es decir, la de su cabeza fundamental, Juan de Borbón, que, en un juego de doble comportamiento difícilmente comprensible desde fuera de los intereses estrictos de la dinastía —su entrevista con Franco en el Azor días antes de la firma del acuerdo de principio entre la Confederación Española de Fuerzas Monárquicas y el PSOE, en agosto de 1948— descartó también un proceso de transición inmediata a la democracia en beneficio de un proyecto asimismo restauracionista, en este caso de la monarquía, aunque para él haya de ponerse en manos de la iniciativa de Franco. La guinda la pone la evolución de la coyuntura internacional, la explicitación de la guerra fría y la revalorización de Franco por los Estados Unidos. Diez años después de la guerra civil, el franquismo consuma su segunda victoria.

### 3.

En Catalunya la dictadura de Franco, aceptada y apoyada por la derecha en 1939, tanto como factor de represión y de restablecimiento del orden social tradicional como representante del nuevo signo de los tiempos, tolerada por ella en los últimos años de la guerra mundial como una solución transitoria que había agotado sus valores políticos coyunturales y de paradigma general, se convierte a partir de 1947-1948 en una solución definitiva a los que unos —mayoritarios socialmente en ese campo de la derecha— se aco-

modan con mayor o menor entusiasmo y oportunismo, en tanto que otros emprenden un camino de regreso hacia el encuentro con la oposición; un camino que tomará inicialmente una dimensión más cultural que política, más de catacumba o de espacio social reservado que de activismo exterior. Un ejemplo de ese cambio de actitud, así como de las limitaciones con que, en un principio, se encuentra en algunos casos, porque no genera de inmediato una «inversión de alianzas» interna, la proporcionaron algunos sectores católicos o algunos dirigentes regionalistas; es interesante, en ese sentido, comparar las celebraciones montserratinas de 1944, y el recibimiento que el abad Marcet dio al ministro franquista Aunós, o el elogio que hace al Caudillo, que «con mano firme y brazo esforzado dirige en estos difíciles tiempos la nave del Estado por las rutas de la paz», y de 1947, que se convierte en una moderada manifestación del catalanismo conservador. La oposición anti-franquista en su conjunto iniciará al acabar la década, y perdón por el tópico, su «travesía del desierto». Las dos grandes movilizaciones sociales de la década en Barcelona, en 1951 y 1957, ponen de relieve el malestar social, y en particular la falta de consenso del régimen en Catalunya, pero tienen lugar a contrapié de la oposición anti-franquista, que a lo máximo que pudo aspirar fue a hacerse presente en medio de ellas y a capitalizar la respuesta represiva del régimen.

En contrapartida, el régimen franquista emprendió el camino de la etapa

más feliz para él. La dictadura se reforzó con la aceptación internacional, pasiva o activa. Aunque esa aceptación no llegó a incluirla en las grandes operaciones de reconstrucción económica de postguerra, lo que sin duda repercutiría en el nivel diferencial de desarrollo. Se inició entonces una dura etapa de acumulación previa hacia el salto para convertir globalmente a la sociedad española en una sociedad industrial y urbana; una etapa de acumulación y transferencias facilitadas por el control social que ejerce la dictadura y que tendrán como resultado una transformación fundamental de la sociedad española, que no deja de serlo por el hecho de tener lugar «a rueda» y guardando las distancias de la expansión europea. La dictadura presentará como éxitos subjetivos propios lo que es un proceso objetivo europeo y español y que, en definitiva, obligará al régimen a rectificar una vez más su rumbo político, a abandonar el mediocre modelo de estado autárquico combinado con proteccionismo económico y social limitado y resabios de discurso organicista-corporativo, la suma de tópicos del más rancio conservadurismo español, y a adoptar un determinado discurso «liberal» en política económica y social, al que más tarde se le añadirá un casuístico proyecto de institucionalización de la dictadura que pretende asegurar su continuidad más allá de la previsible muerte del dictador. El particular liberalismo de los «tecnócratas» se impuso en el seno del régimen abriendo nuevas brechas con sectores de la Iglesia, en particular el «clero social» de los barrios populares de las

grandes ciudades y los jesuitas, y con elementos falangistas-sindicalistas desencantados.

La expansión de la década de los sesenta no sólo modificó el paisaje económico, introdujo como es harto sabido cambios fundamentales en el escenario político. La transformación de la sociedad empujó a la dictadura hacia su obsolescencia definitiva; su principal soporte seguía siendo la autoafirmación del dictador, reforzada por la debilidad de la oposición. Sin embargo, esta última empezó a despegar del suelo al que había llegado. Con la expansión económica se inició un nuevo ciclo de movilización obrera, ahora ya no limitado a esporádicas acciones explosivas, y además con caras y organizaciones nuevas, más difíciles de reprimir que las tradicionales, lo que facilitó la progresiva continuidad de la acción reivindicativa. Además, la esclerosis del régimen franquista lo distanció de las nuevas generaciones de las clases medias, como se decía entonces «las que ya no habían vivido la guerra civil», para las que el futuro no podía identificarse con un dictador políticamente vacío y físicamente decadente. La expresión más combativa de esa distancia generacional fue el movimiento estudiantil universitario; pero, para que éste también adquiriera continuidad y proyección política, fue imprescindible el papel vertebrador de ese movimiento estudiantil desarrollado por las organizaciones clandestinas de la izquierda.

Ésta experimentó un impulso decisivo en los años sesenta que la situó como

el factor clave de la oposición antifranquista. En ese renacimiento hay que contar, por un lado, la formación de las organizaciones nuevas, como el FOC, el FSF, la USO, que aportaron ideas nuevas, propuestas de lucha contra el régimen, que ya no se vinculaban al pasado republicano y buscaban referentes en el presente europeo e internacional. Por otro, la renovación del PSUC (PCE), particularmente su renovación política al adoptar una concepción estratégica fundamental, la de la «reconciliación nacional»; ésta era de hecho una propuesta embrionaria de proyecto de transición a la democracia que implicaba la renuncia a poner por delante otros condicionamientos políticos o institucionales previos que no tuvieran el consenso de todo el arco de la oposición a la dictadura. Finalmente, su conquista de un apoyo social significativo, constante y creciente, gracias al desarrollo de un concepto original de plataformas de encuadramiento masivo —en las dimensiones efectivas que las condiciones de la dictadura lo permitían— ilegales, pero ya no clandestinas (CCOO, SDEUB). Además no sólo renació la izquierda, también se renovaba el campo del catalanismo conservador, con la constitución del CC y la emergencia de un nuevo liderazgo a raíz de las campañas contra Galinsoga; aunque en el quinquenio siguiente ese catalanismo conservador tuviera que actuar, y crecer, al rebujo de la movilización popular y el protagonismo de la izquierda.

La creación, en 1966, después de la Caputxinada, de la Taula Rodona, con in-

clusión de todas las fuerzas antifranquistas sin reservas establecidas a priori, marcó el inicio de una nueva etapa en la dinámica política interna de la oposición, caracterizada por el valor dominante de las propuestas unitarias. La oposición democrática en Catalunya, si bien por sí misma no podía generar un proceso de derrocamiento del régimen —ni tampoco la española en su conjunto— de hecho empezó a configurar ya un nuevo escenario político, no legal, pero sí real. La época de las catacumbas había pasado, y la salida por parte de la oposición empezó a condicionar al régimen, a sus formas de supervivencia y a su capacidad para perpetuar la dictadura más allá de la muerte del dictador.

#### 4.

No obstante, en el tramo final de la década, el crescendo de la actividad antifranquista se vio coyunturalmente interrumpido por un sarampión generalizado. En 1967 se inicia un proceso de radicalización que empieza en el PSUC con la escisión del grupo «Unidad», embrión del futuro PC(I), prosigue en el FOC y en el FSF, que entrarán en una dinámica de autodestrucción, alcanza al Front Nacional de Catalunya del que nace el Partit Socialista d'Alliberament Nacional, e incluso llegó a tocar —aunque tardíamente— al MSC, que se verá empujado a seguir la moda de los tiempos adoptando la hoz y el martillo en alguna publicación. Fue un giro hacia el revolucionarismo impulsado por el vértigo que produjo el éxito de las incipientes acciones de masas emprendidas a mediados de la década y que

habían conseguido un estimable grado de continuidad. Así renació el sueño de una ruptura del franquismo que restaurara el ciclo revolucionario de treinta años atrás. Un sueño prolongado por el Mayo del 68, el «otoño caliente» en Italia, o los dislates de la revolución cultural que proporcionaron estímulos emotivos y elementos verbales para el nuevo discurso de ultraizquierda.

El sarampión bloqueó temporalmente a la oposición antifranquista —en un terreno más parcial, malogró un primer intento de integración de organizaciones socialistas, MSC, FOC y FSF—, que pudo recuperar aliento político merced a la nueva dinámica unitaria, en la que el PSUC, recién incorporado a ella en 1966 y, acaso la organización que más se jugaba en ella su futuro, desempeñó un papel fundamental de animador. En diciembre de 1969 la creación de la Coordinadora de Forces Polítiques de Catalunya reanudó el curso político emprendido en 1966; un curso que se reafirmará en las movilizaciones contra el proceso de Burgos y cristalizará finalmente en la constitución de la Asamblea de Catalunya, en 1971. La oposición antifranquista centralizó a partir de entonces la vida política y social catalana, confirmando la emergencia de un nuevo país real frente a un régimen definitivamente agotado y entrampado en sus operaciones de supervivencia. Es más, la oposición antifranquista catalana se situó a la vanguardia de la oposición de todo el estado (un hecho que no puede perderse de vista a la hora de comprender como se impuso un proyecto de reorganiza-

ción territorial del estado en el periodo de la transición).

El nivel de apoyo social, estimable en cantidad y al propio tiempo en calidad, por el grado de intersectorialidad e interclasismo alcanzado que alcanzó la oposición antifranquista en Catalunya, no tuvo un paralelo general en el resto de España. Entre otras razones, por el diferente grado de desarrollo de la derecha democrática, muy limitada en España, cautiva del franquismo y de sus apoyos liberal-tecnocráticos. En parte puede ello explicar que el dictador se mantuviera en el poder hasta su muerte. En esas condiciones era problemático que la oposición por sí sola derribara al régimen; ello habría supuesto efectivamente una ruptura, no sólo una ruptura política, sino una ruptura social para la cual no existían condiciones reales. Lo que a comienzos de la década de los setenta entró en crisis terminal no fue el estado, entendiendo éste en su concepción más amplia, sino su coronamiento: la dictadura y la negación de unas libertades políticas cuya razón se remonta a cuarenta años atrás. Infravalorar a partir de ahí el peso y el papel de la oposición antifranquista constituye una frivolidad intelectual, una falta a la verdad e incluso una vergonzante venganza contra aquélla y el papel histórico que sí efectivamente jugó. Y si no derribó a Franco —nadie lo hizo, por otra parte—, no fue tampoco, ni mucho menos, un convidado de piedra. En el conjunto de España, y a pesar de su menor grado de articulación unitaria, también de su menor amplitud de repre-

sentatividad social, jugó un papel clave condicionando el proceso de la transición, y obligando a que éste, a pesar de partir como la consumación del proyecto restauracionista de la monarquía, acabará siendo también —y de ahí que fuera efectivamente «transición» y no «continuidad»— la restauración de las libertades sin excepción. En Catalunya aún más, construyendo, ya antes de la muerte del dictador, y consolidando a partir de entonces un nuevo sistema político. Así se puso de relieve en las elecciones de junio de 1977, en capacidad para imponer no sólo la recuperación de las libertades políticas en general, sino su manifestación concreta, el estatuto de autonomía y la recuperación de la dinámica de revisión de la vertebración territorial del Estado. Hasta el punto que el gobierno español tuvo que «redibujar» su proyecto de transición, favoreciendo él mismo el retorno de quien hasta entonces era símbolo del pasado republicano, pero también un símbolo del pasado estatutario, Tarradellas, para con él tender un puente sobre el que hacer coincidir las dos velocidades de la transición española y la transición en Catalunya.